

# Julieta

Silvia Llanto Cadenas

No puedo cerrar los ojos. Un constante estremecimiento se mezcla con mi sangre. Del otro lado Julieta está tendida al sol y se ha despojado del sujetador, éste ha dejado una delgada línea, por donde se van mis ojos.

Julieta es la perdición de los chicos del barrio, huele a vacaciones, a playa y a sol. La primera vez que la vimos detuvimos el juego. Estaba en la otra cuadra, habría sido fácil alcanzarla pero ninguno se atrevió a salir corriendo tras ella y el cabello azabache se perdió al doblar la siguiente esquina. Desde entonces teníamos la sensación que Julieta se nos escapaba.

Nos enteramos luego, que pasaba vacaciones en casa de sus abuelos. Una casita cuyo jardín daba la impresión de ser una jungla de flores y todo cuanto pudiera brotar de la tierra, incluyendo a Julieta. Temprano, por la mañana, salía sonriendo y no había más nada que mirar que aquella sonrisa transitando por las calles. No era extraño verla de noche en la playa, con un cigarrillo en la boca, concentrada en el horizonte, como si las olas la sumergieran en una profunda meditación que la mantenía alejada de las murmuraciones del pueblo. Julieta se limitaba a ser ella y nosotros a seguirla.

Como ahora que se ha parado y tiene los senos enarenados. Con un ligero movimiento de dedos se quita la arenilla de ellos. No puedo quitar los ojos de la arenilla dorada que aún reluce en su cuerpo. También otros bañistas han volteado a mirarla, parecen estar sumergidos en un charquito sucio de arena sin cielo ni mar, desde el cuál ella nos ha condenado a contemplarla.

La silueta perfecta corre en dirección al mar y se sumerge en las olas. Nosotros quedamos atrás mientras ella nada saliendo de una ola una y otra vez. De pronto, el cielo se oscurece, el mar luce picado y Julieta pareciera decirnos

adiós con los brazos. El mar la lleva cada vez más adentro hasta convertirla en un puntito negro. Los bañistas están expectantes en la orilla, mientras un socorrista se ha metido en las aguas para acercarse a ese puntito negro que aparece y desaparece con el vaivén de las olas. La arena en nuestros pies da la sensación de querer arrastrarnos. Quizás es simplemente nuestro deseo de tumbarnos en ella y que las olas nos arrastren como cangrejos hasta donde está Julieta.

Sin embargo hemos salido de la playa como quién sale de un sueño, esperando ver tendido el cuerpo dorado de Julieta como lo viéramos hace unas horas. Pero el cielo está en llamas y el puntito negro ha desaparecido. Con él se ha ido verano.